



JANUS 5 (2016) 41-48

ISSN 2254-7290

Quevedo lector de los clásicos grecolatinos: hacia la reconstrucción de su biblioteca

Lía Schwartz

The Graduate Center (The City University of New York)

LSchwartz@gc.cuny.edu

JANUS 5 (2016)

Fecha recepción: 28/12/2015, Fecha de publicación: 25/01/2016

<URL: <http://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=64>>

Resumen

Francisca Moya del Baño presenta en esta extensa monografía la labor de muchos años de estudio, en los que se dedicó a identificar los textos y ediciones de autores grecolatinos que Quevedo leyó, citó y explicó en su obra literaria, histórica y filosófica compuesta desde comienzos del siglo XVII hasta su muerte en 1645. Sus observaciones y comentarios renovarían sin duda el trabajo realizado por los especialistas que han estudiado e interpretado el vasto corpus de Quevedo en las últimas décadas.

Palabras clave

Bibliotecas privadas en los Siglos de Oro, Obras en griego y traducciones al latín, Ediciones antiguas, Los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

Title

Quevedo, a Reader of the Classics. The Reconstruction of his Personal Library.

Abstract

Francisca Moya del Baño presents in this extensive study her work of many years, in which she was dedicated to the identification of texts and editions of classical authors mentioned by Quevedo in the works he composed since the beginning of the seventeenth century until his death in 1645. Her observations and analyses will certainly renew the work of specialists who have been studying and interpreting Quevedo's vast corpus in the last decades.

Keywords

Private libraries in the sixteenth- and seventeenth centuries in Spain. The National Library in Madrid. Texts in the original classical languages and translations.



El proceso de anotación de la obra de nuestro autor adquirió impulso en el siglo XX, y en particular, a partir de la década de los sesenta, cuando comenzaron a aparecer nuevas ediciones de su prosa que superaron las que habían publicado Rodríguez Marín para la Editorial Aguilar, y fueron luego sustituidas por las que se encargaron a Felicidad Buendía¹. Como sabemos, estas ediciones no constituyeron un verdadero avance sobre las decimonónicas de don Aureliano Fernández Guerra². Lo mismo ocurrió en lo que respecta a las ediciones de la poesía de Quevedo aunque, para esta, desde 1648 se contaba con el texto y escueta anotación de *El Parnaso español*, publicación póstuma que corrió a cargo de don Jusepe González de Salas, quien se había presentado como amigo de Quevedo y, por lo tanto, reclamaba autoridad como gran conocedor de su obra y de las fuentes escogidas por nuestro escritor³.

Por otra parte, desde esta nueva época, el éxito continuo de su novela picaresca generó una serie de ediciones críticas o anotadas de *La vida del Buscón*. Algunas partieron de la que había publicado Fernando Lázaro Carreter en 1965 y así, entre otras, las realizadas por Domingo Ynduráin (1980), Carlos Vaíllo (1988), Pablo Jauralde (1990) o Fernando Cabo (1993)⁴. En cuanto a la prosa satírica, el texto y la anotación preparadas por Ignacio Arellano para *Los sueños* (1991) modificó la recepción de este conjunto de cinco sátiras en prosa y lo mismo vale para otra de sus importantes sátiras menipeas, *La Hora de todos*, que se leía en la de Luisa López Grigera en Clásicos Castalia, y más tarde a partir de la edición de Bourg, Dupont y Geneste, aparecida en 1980, el año del centenario del nacimiento de Quevedo, así como varias otras ediciones subsiguientes⁵.

¹ Francisco de Quevedo, *Obras completas. Obras en prosa, edición de Luis Astrana Marín*, Madrid, Aguilar, 1932 y Quevedo, Francisco de, *Obras completas. Obras en prosa*, edición de Felicidad Buendía, Madrid, Aguilar, 1979.

² *Obras de don Francisco de Quevedo y Villegas, edición de Aureliano Fernández-Guerra y Orbe* (en dos volúmenes, BAE 23 y 48), Madrid, M. Rivadeneyra, 1852 y 1859.

³ Francisco de Quevedo, *El Parnaso español, monte en dos cumbres dividido [...]*, edición de don Joseph Antonio González de Salas, Madrid, Diego de la Carrera, 1648.

⁴ *La vida del Buscón*, edición de Fernando Lázaro Carreter, Salamanca, Acta Salmanticensia, 1965; *La vida del Buscón*, edición de Domingo Ynduráin, Madrid, Cátedra, 1980; ; *La vida del Buscón*, edición de Carlos Vaíllo, Barcelona, Ediciones B, 1988; *El Buscón*, edición de Pablo Jauralde, Madrid, Castalia, 1990 y *La vida del Buscón*, edición de Fernando Cabo Aseguinolaza, Barcelona, Crítica, 1993.

⁵ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, edición de Ignacio Arellano, Madrid, Cátedra, 1991; *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, edición de Luisa López Grigera, Madrid, Castalia, 1975

En cuanto a la poesía, sabido es que la publicación de su *Poesía original completa*, excelente edición que llevó a cabo José Manuel Blecua para la editorial Planeta y luego, en cuatro tomos, para la Editorial Castalia, modificó en parte su recepción aunque Blecua reprodujera en muchos casos la anotación de la poesía preparada por González de Salas⁶. Según lo anunciaba en la *princeps* póstuma de *El Parnaso español*, González de Salas fue el responsable, por tanto, de que se salvaran los poemas que compuso Quevedo a lo largo de toda su vida; de allí probablemente el respeto con el que se aceptaran sus declaraciones impresas en esta edición. Algún editor actual, en cambio, pensaría que González de Salas fue completando su anotación a partir de notas e indicaciones de Quevedo mismo, incluyendo algunos epígrafes y así puede deducirse de algún comentario transmitido en la última correspondencia de nuestro autor al regresar de los años de prisión en San Marcos de León. Reacción de esperar fue que en años posteriores, quienes editaron nuevamente la poesía moral, Alfonso Rey, o la poesía amorosa en antologías subsiguientes, como la titulada *Un Heráclito cristiano, Canta sola a Lisi y otros poemas*, retornaran a la *princeps* de *El Parnaso español*, pero desde una posición teórica diferente. En algún caso ello respondía al intento de evitar una “modernización” radical de la poesía de Quevedo al modo de lo que se leía en la bibliografía siempre creciente que generó su reivindicación desde la perspectiva de la Generación del 27.

No fue diferente el caso de sus obras de temática política, histórica o filosófica que adquirieron más lectores en los últimos años, cuando estuvieron accesibles en ediciones como la realizada por James O. Crosby de la *Política de Dios, Gobierno de Cristo* (1966), *La cuna y la sepultura*, por Luisa López Grigera (1969), o *La caída para levantarse*, de Valentina Nider (1994) y en estudios sobre las relaciones entre estas obras y la literatura de los Padres de la Iglesia, como los que desarrolló Sagrario López Poza desde su libro *Quevedo y la literatura patristica*⁷. Debemos, asimismo, a Luisa López Grigera la publicación del ejemplar de la *Retórica* de Aristóteles que poseyó Quevedo y anotó considerablemente, texto de gran importancia para corroborar su opinión sobre cuestiones que hoy clasificaríamos en el área de las teorías de interpretación de textos en la medida en que nos orientan sobre lo que debe haber sido la posición de Quevedo escritor frente a los códigos

y *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, edición de Jean Bourg, Pierre Dupont y Pierre Geneste, Madrid, Cátedra, 1987 y, entre alguna otra, *La Fortuna con seso y la Hora de todos*, edición de Lía Schwartz, Editorial Castalia, 2003 (en la serie de *Obras completas* de Quevedo coordinada por Alfonso Rey.)

⁶ *Poesía original completa*, edición de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1963 y Quevedo, *Obra poética*, Madrid, Castalia, 1969-1981, cuatro tomos.

⁷ Sagrario López Poza, *Francisco de Quevedo y la literatura patristica*, La Coruña, Universidade da Coruña, 1992.

de composición literaria y discursiva en auge en su época. No se trata, a mi modo de ver, de una cuestión importante sólo para enterarse de cuestiones de estilo, sino porque nos ofrece la posibilidad de reconstruir la *Weltanschauung* de nuestro escritor, su visión del mundo, forjada en la lectura de los autores grecolatinos que Quevedo frecuentó desde sus años de alumno de las escuelas jesuitas, en la Universidad de Alcalá, y luego hasta el final de su vida.

Nada más apropiado, pues, que proponer la imagen de Quevedo como “espejo de los clásicos” que acuñó una especialista en este campo de estudios, Francisca Moya del Baño, como título de su trabajo leído en un congreso de literatura clásica y publicado en las *Actas* correspondientes en 2006⁸. En efecto, Francisca Moya del Baño nos ofrece ahora a quienes trabajamos sobre autores del siglo XVII, esta importante monografía titulada: *Quevedo y sus ediciones de textos clásicos. Las citas grecolatinas y la biblioteca clásica de Quevedo*, publicada en Ediciones Universidad de Murcia, 2014. En ella recoge un gran número de citas griegas y latinas, más numerosas las segundas, obviamente, que proceden de obras romanas o de obras griegas, algunas de las cuales podían ser también leídas en traducciones latinas que circularon por Europa con gran éxito desde la invención de la imprenta. Por otra parte, no pocas de las citas incluidas proceden de textos de la Biblia, de escritores cristianos que se incluyen en el ámbito de la patrística, como los que estudió Sagrario López Poza, y de textos escritos en latín por humanistas europeos a partir del Renacimiento, de Erasmo a Justo Lipsio entre muchos otros.

Moya del Baño explica la tarea que se propuso realizar para componer este extenso libro de 524 páginas en el que consiguió reunir el *corpus* de textos clásicos citados por Quevedo, corrigiendo errores de impresión y fundamentalmente localizando las citas, es decir, preparando a los futuros quevedistas el camino para los estudios y ediciones que se irían añadiendo al conjunto de lo que podrían ser nuevas colecciones de obras completas o de textos individuales escogidos por especialistas en la literatura del siglo XVII. Así, pues, lo describe, en su introducción:

Mi primer “hallazgo” fue, sin embargo, el responsable del giro que tomó mi itinerario conforme iba leyendo las obras de Quevedo y reparando en las citas clásicas [...] iba encontrando que un número no del todo pequeño presentaba erratas o lecturas extrañas, y observaba también algún que otro curioso comentario sobre los textos citados, comprobaba asimismo que muchas citas

⁸ En el *XI Congreso de Estudios clásicos*, celebrado en Santiago de Compostela en 2003; su título, “*Con pocos pero doctos. Quevedo, espejo de los clásicos*” (cf. la “Introducción” de este libro, p. 17).

no estaban localizadas y que, en el caso de estarlo, se solía hacer referencia a ediciones posteriores a la fecha en la que él escribía[...] (p. 19)

El procedimiento escogido, por tanto, responde a una estrategia que deberá internalizar el estudioso o el lector general para aprovechar mejor la información ofrecida. Moya señala en su “Índice” que dividió esta monografía en tres grandes secciones. En la primera, **A (Quevedo y sus citas grecolatinas. Algunas anotaciones)** contribuye con observaciones generales sobre ciertos rasgos característicos de nuestro autor, por ejemplo, que al poseer en su biblioteca varias ediciones de textos clásicos no se puede siempre prever cuál fue la utilizada en cada caso en particular. La lista recogida por Moya incluye obras de Aristófanes, Aristóteles, Cicerón, Homero, Licofrón, Persio, Píndaro, Séneca y aun otros autores. Las ediciones que Quevedo adquirió demuestran su familiaridad con la obra de los mejores humanistas europeos, que se distinguieron en la difusión de los clásicos. Erasmo, por un lado, Muret y Lipsio, como se esperaría de su interés por las teorías filosóficas, el neoestoicismo en particular. Por el otro, las ediciones y repertorios histórico-literarios y lingüísticos de Ravisio Textor, Lilio Gregorio Giraldi, Henri Étienne, los Escalígero, padre e hijo y otros autores.

En la segunda parte, **B**, desarrolla el **Corpus de textos clásicos en la obra de Quevedo**. Dividida en dos secciones, en **B.I** ofrece una lista de los **Textos griegos y latinos según el orden en que aparecen en las obras de Quevedo**. La lista se inicia con la primera sátira menipea compuesta por nuestro autor, *Sueño del Juicio*, y concluye con las últimas de sus obras, que abarcan en total unos treinta y cuatro títulos: *Providencia de Dios*, *La rebelión de Barcelona*, *Vida de San Pablo* y *La constancia y paciencia del santo Job*. En cada una de estas obras Moya enumera las fuentes clásicas de las que proceden estas citas. En **B.II**, en cambio, ofrece la lista de autores griegos y latinos que cita Quevedo: unos setenta y cinco autores que van desde Anacreón y Antífanos a Virgilio, pasando por Juvenal, Licofrón, Marcial, Quintiliano, Horacio, Persio, Plinio el Viejo y Plinio el Joven, Propertio, Suetonio, Tácito y un largo etcétera. Esta sección confirma indirectamente la extensión de sus ingentes lecturas y la versatilidad de Quevedo-lector. Es evidente que, a lo largo de su vida, se interesó por un gran número de géneros literarios clásicos, incluyendo las sátiras de Luciano, Horacio, Persio y Juvenal, la poesía amorosa grecolatina: de las anacreónticas a Catulo y Ovidio; obras teatrales de Aristófanes a Plauto; obras filosóficas, de Platón y Aristóteles a Epicteto y a Séneca y obras historiográficas, de Plutarco y Tucídides a Salustio y Tácito. Esta nómina así dispuesta prepara a cualquier futuro especialista para saber escoger un área

de investigación según los géneros clásicos que le interesa estudiar. Y ello incluye hasta los textos críticos e historiográficos de un Quevedo que redescubre a Tácito y a otros escritores poco conocidos en nuestros medios escolares del presente, o actuales, que se limitan cada vez más a enseñar un *corpus* bastante restringido de las literaturas grecolatinas. Todo un repertorio de relaciones hispano-clásicas, pues, en torno a un escritor que, a diferencia de Góngora, más concentrado en los géneros poéticos que ya no se leían con comodidad ni interesaron, por ejemplo, desde mediados del XVIII, consiguió no desaparecer totalmente de los gustos del público decimonónico precisamente por la variedad de textos que nos legó desde el siglo XVII.

Quien no se ha ocupado aún de estas cuestiones se preguntaría, sin duda, cuáles son las “bases de datos” de las que ya disponemos para empezar a trabajar sobre la relación entre la obra y sus precedentes o fuentes clásicas. Evidentemente, Moya del Baño exploró, como otros quevedistas que menciona: Martinengo, Pérez Cuenca, Fernández González o Simoes, los títulos reunidos en el catálogo de San Martín. Como se sabe, después de muerto Quevedo, su sobrino, Alderete, había enviado muchos ejemplares que poseía a casa del duque de Medinaceli, pero los herederos del duque vendieron muchos títulos al convento de San Martín a fines del siglo XVII, de allí la importancia de su índice, ya que se han hallado volúmenes que llevan la firma de Quevedo y anotaciones suyas en no pocos ejemplares conservados en ese convento hasta el siglo XIX (pp. 31 a 33).

Estas cuidadosas búsquedas le permitieron aun identificar lo que denominó “una cita muy curiosa”. En el extenso prólogo a su edición de la poesía de Fray Luis de León, que dedicó al conde-duque de Olivares, Quevedo había incluido una cita atribuida a Séneca en la *editio princeps*, pero cuya procedencia era errónea. Parecía imposible reconocer su origen hasta que Moya la localizó. En efecto, se trata de una cita indirecta de la *Naturalis Historia* de Plinio el Viejo, que llegó a través de una sentencia acuñada por Erasmo⁹.

Son también importantes y significativas sus observaciones sobre lo que evidentemente había sido costumbre de nuestro autor: trabajar sobre una mesa con varios libros que iba consultando: por un lado, el texto que redactaba o editaba; por el otro, a su lado, una serie de obras de referencia: diccionarios, polianteas, índices, anotaciones en más de una edición, o comentarios al texto o al autor, si existían. Propone así Moya que este podía ser generalmente el origen de algunas citas indirectas que se encuentran: por

⁹ Dato que aprovechamos para nuestra edición de la epístola introductoria que redactó Quevedo en función de prólogo de la poesía de Fray Luis de León publicada en 1631 y que se leerá en el conjunto de textos de la polémica gongorina que se van publicando en ediciones electrónicas organizadas en la Sorbona por su catedrática, Mercedes Blanco.

ejemplo, utilizar *El banquete de los sofistas* de Ateneo para aclarar un uso particular en la literatura de la Grecia post-clásica, como lo he comprobado en algún trabajo¹⁰. Otras instancias que señala Moya incluyen consultar dos ediciones de la *Alexandra* del “oscuro Licofrón” para entender mejor una frase o recuperar un texto de *Saturarum fragmenta* de Lucilio, transmitido por Nonio Marcelo y recogido en no pocas obras de referencia.

No me es posible incluir comentarios sobre todas las identificaciones que ofrece, porque son legión, pero estas demuestran fehacientemente, junto con la constante presencia de la signature del ejemplar que consultó Moya, que esta monografía constituye un valiosísimo instrumento de trabajo compuesto por una especialista en filología clásica que conoce muy bien no sólo la obra de Quevedo, sino, obviamente, las literaturas y culturas griegas y latinas.

Por ello, no hace falta insistir en que completar ahora una edición o estudio sobre obras de este autor se verá simplificada considerablemente. Por un lado, que Moya haya consignado datos precisos sobre las ediciones y estudios consultados en la Biblioteca Nacional ahorrará horas de trabajo al investigador; por el otro, me parece fundamental su inclusión en **C.II** de una sección dedicada a **Obras de las que pudo tomar Quevedo citas indirectas. Obras mencionadas por él o de las que tuvo ejemplares**. Esta sección que se extiende desde la página 461 a la 503 ofrece una bibliografía menos conocida para un “mero hispanista” sobre enciclopedias y obras históricas escritas en latín que circularon en los siglos XVI y XVII: desde los *In Aristotelis libros octo Politicorum Commentarii* con su esperado *Index rerum, et verborum memorabilium* de Donatus Acciaiuolus (1566) y la colección de *Adagia* de Paulus Manutius, pasando por los *Epitheta Ioannis Ravisii Textoris* (1593), los *Adagia* de Erasmo, el *Glossaria dvo, e situ vetustatis ervta, siue, Lexica dua antiqua, vnum, Latinograecum, alterum Graecolatinum, ad utriusque lingua cognitionem*, en edición de Henri Étienne (Henricus Stephanus) de 1572, estudioso tan mencionado por Quevedo, las *Institutiones Grammaticae in Hebraeam Linguam* (1524) y las *Parabola sive Similia* Desiderii Erasmi Roterodami (1542) hasta el *Thesaurus utriusque linguae* de Vulcanius.

Cierra este conjunto de secciones finales, la **C.III** (pp. 505-512), dedicada a revisar los **Ejemplares de Quevedo**. Moya del Baño concluirá, pues, su relación de los libros que conformaron la “biblioteca clásica” de Quevedo, mencionando, en primer lugar, y en orden cronológico, los que ya habían sido “descubiertos” anteriormente por, entre otros investigadores,

¹⁰ Ver L. Schwartz, “Quevedo y las antigüedades griegas: los *Deipnosophistae* en su obra”, en *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro, edición de Christoph Strosetzki*, Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, 2001, pp. 1190-2001.

Astrana Marín, Ettinghausen, Maldonado, López Grigera, Schwartz-Pérez-Cuenca, Pérez-Cuenca o Fernández González-Simoes. Añade a ellos una larga serie de autores grecolatinos y títulos (pp. 510-511), en algún caso sin poder afirmarlo de modo contundente, aunque casi seguro por las razones enumeradas. En todo caso, quien lea esta monografía podrá constatar su opinión fácilmente, ya que los volúmenes que nombra van siempre acompañados de su signatura.

Este libro de Moya del Baño apoya su visión de Quevedo como autor que entabló “un diálogo con los libros”, en particular, con “los textos clásicos, o los relacionados con ellos”, que “tuvieron un lugar de excepción”. A mi modo de ver, los especialistas deberían tener en cuenta su estimación y dejar a un lado, definitivamente, los comentarios sobre si Quevedo sabía o no sabía griego, las lenguas clásicas o algo de hebreo. Muchas veces estas nociones son mera proyección de las inseguridades de quienes no han tenido un acceso feliz a la tradición clásica. Por mi parte, coincido con Moya del Baño en que se debe aceptar la idea de que, aun más allá de sus años juveniles de estudiante y de aprendiz de humanista, cuando compuso su *Anacreón castellano* y alguna otra traducción del griego, o aún mientras se había entregado a sus pasiones políticas, Quevedo siguió leyendo y estudiando a la manera de “su Séneca”. Acogiéndonos al epígrafe con el que Moya abre su *Praeloquium: Cum libellis mihi plurimus est* (Séneca, *Ad Lucilium Epistulae*, LXVII, 2) podría aun recordarse del mismo texto de esta epístola una frase anterior: *Ago gratias senectute, quod me lectulo adfixit*. Séneca afirmaba que precisamente porque, ya viejo, habían mermado sus obligaciones políticas o sociales, podía dedicarse plenamente a la lectura. Tal vez no en su lecho como el autor de las epístolas morales a Lucilio, sino rodeado de sus libros, Quevedo seguiría estudiando y escribiendo aun otra obra literaria o filosófica en su biblioteca de Torre de Juan Abad, como, en efecto, logró hacerlo hasta 1645.